

EL PROGRAMA COMUNISTA

Abril - 1973 Nº6 ed. especial	Suplemento en español al Programa Comunista órgano del Partido Comunista Internacional	Milano Cas. Post. 962 p. ejemplar: 10 pts. Abono anual: 60 pts.
-------------------------------------	--	---

LO QUE DISTINGUE NUESTRO PARTIDO es la línea que va de Marx-Lenin, a la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de Moscú a la no aceptación de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera, de el politicantismo personal y electoral.

De la serie de artículos publicados en nuestro órgano en lengua italiana bajo el título de "Nell'immutabile solco della dottrina marxista" hemos hecho una selección que abarca el espacio trágico de los años 1918-22 en Alemania.

Los publicamos en dos números especiales para que el lector interesado pueda estudiar sobre documentos que laten del pujante impulso a la lucha de los proletarios militantes caídos en el frente de la guerra de clases, y cuyo levantamiento, sin embargo, resultó vano, debido a la falta de una dirección política adecuada, es decir, sabedora de sus tareas históricas, y organizada para llevarlas a efecto. Para que los militantes de hoy y mañana tengan un arma ideológica que los alerte contra las alianzas y demás mistificaciones del oportunismo.

El lector que busque al origen, puede encontrarlos en los números: 13, 14, 15, 16, 17 y 20 de "El programa comunista", publicados entre el 24 de Junio y el 25 de Octubre de 1972 .

EN EL INMUTABLE SURCO DE LA DOCTRINA MARXISTA

LA TRAGEDIA DEL PROLETARIADO ALEMAN DESPUES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

I

En relaciones efectuadas en el curso de precedentes reuniones generales, de las que a pesar de todo ha sido imposible un resumen extenso, se ha tratado de recorrer el dramático ciclo histórico a través del cual la socialdemocracia alemana -no en cuanto "alemana" sino en cuanto parte de la socialdemocracia internacional- ejerció en el epicentro europeo de la lucha entre las clases la función de "verdugo del proletariado revolucionario" en su ala mayoritaria, como ejecutor directo; en su ala independiente como "ayudante del verdugo", tanto más jesuítico y embozado de presunta "ortodoxia" marxista.

Se ha hecho esto no por lujo historiográfico, sino para extraer de los acontecimientos mismos la decisiva confirmación de una tesis que ha guiado siempre a la Izquierda, tanto en la dirección del PC de Italia como en el seno de la Internacional, en su lucha contra las claudicaciones ante el fetiche de la "unidad obrera" y, aún antes, contra las engañosas maniobras tácticas experimentadas con la ilusión de ganar para la causa del comunismo la aportación numérica de fuerzas menos exiguas que aquellas que la situación creada por el final de la primera matanza mundial permitía desplazar sobre el terreno, magníficamente preparado por el Octubre bolchevique, de la preparación para la conquista revolucionaria del poder y para el ejercicio por obra del partido de la dictadura proletaria en el largo y angustioso curso de la guerra civil, del terror, de las intervenciones despóticas en la economía, hacia la sociedad socialista. Esta tesis, lo hemos recordado muchas veces, encontró su más lúcida expresión en un artículo de febrero de 1921 titulado precisamente La función de la socialdemocracia, cuyo principal contenido está en este paso escultural: "La socialdemocracia tiene su función específica en el sentido que se dará probablemente en los países de Occidente un periodo en que los

partidos socialdemocráticos estarán en el gobierno, ellos solos o en colaboración con los partidos burgueses. Mas tal intermezzo, allí donde el proletariado no tendrá la fuerza para evitarlo, no representará una condición positiva, una condición necesaria, para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias; no será una útil preparación para éstos, sino que constituirá un deliberado tentativo burgués para disminuir y fragmentar la fuerza de ataque del proletariado, y para batirlo despiadadamente bajo la reacción blanca si es que le queda tanta energía de osar la revuelta contra el legítimo, el humanitario, el civil gobierno de la socialdemocracia". Exhortando al proletariado italiano a acoger cada posible experimento de gobierno social democrático -tanto de "puros" reformistas, como de coalición entre éstos y otros partidos declarada y constitucionalmente burgueses, como fué tantas veces el caso en Alemania 1919 - 1922- "como una declaración de guerra y no como el signo de que se abra una tregua en la lucha de clase, de que se inicie un experimento de solución pacífica de los problemas de la revolución", el artículo concluía con una advertencia dirigida a los proletarios, no de un país cualquiera, sino de todo el mundo: "Es por esto por lo que nosotros decimos que la táctica revolucionaria debe basarse en experiencias internacionales y no solo nacionales: que debe bastar el desgarró de los proletarios de Hungría, de Finlandia y de otros países, para ahorrarse... a los proletarios de Occidente la necesidad de aprender con sus propios ojos, de aprender a costa de su propia sangre que significado tiene la tarea de la socialdemocracia en la historia: ésta emprenderá totalmente su camino, mas los comunistas deben proponerse de interceptarla lo antes posible, y antes de que ésta llegue a clavar el puñal de la traición en los riñones del proletariado".

Precisamente en este espíritu y dirigiéndonos sobre todo a los jóvenes militantes a los que largos años separan de aquellas "experiencias" decisivas, hemos querido revocar, documentos en la mano -y son documentos que chorrean sangre-, el papel ejercido por la socialdemocracia en el arrastrar al herético proletariado centro-europeo a la carnicería mundial, para luego -acabada la guerra e instaurando la "republica de los consejos" con socialistas mayoritarios e independientes del gobierno-, en los meses de auténtico alboroto durante los cuales los Scheidemann y los Noske dieron suelta a los

"cuerpos francos" de la más perversa reacción contra los "criminales Espartaquistas" decapitarlo de su vanguardia, privarlo de sus más combativos militantes, sumirlo en el desaliento y en el pánico, y asentar en fin sobre la "tierra quemada" de Berlín y Munich, Hamburgo y Dresde, Essen y Bremen, el reino de la democracia burguesa en su comica versión weimariana, no consiguiendo sin embargo -sea dicho para gloria del proletariado alemán- que en los largos meses y años de batalla ardiente, el fantasma odiado de la revolución comunista no levantara de nuevo la cabeza cada vez, como extrayendo de la sangre derramada energías siempre nuevas.

La historia de esta "función histórica de la socialdemocracia" está escrita con letras de fuego en las vicisitudes de aquellos años, y no debe ser consentido a ningún militante revolucionario el ignorarla y eludir sus terribles enseñanzas. Ella nos recuerda que precisamente en la Europa central de la primera postguerra la "lección de Octubre" encontró su grandiosa confirmación, desgraciadamente una confirmación solamente objetiva, no llegada a ser parte integrante de la conciencia del partido y brújula de su orientación en el "camino del Golgota" (empleando palabras de Rosa Luxemburgo) a lo largo del cual la historia la había condenado a caminar hacia una victoria que parecía cercana y que estaba en cambio terriblemente lejana.

Mas recordar este balance histórico e indicarle como balance definitivo para todos los proletarios de cualquier país, significa llevar a efecto solo una mitad de la obra juzgada por nosotros necesaria para que el partido mundial único del proletariado no solamente resurja, sino que posea desde el principio las armas teóricas y prácticas indispensables para no encontrarse impreparado para la gigantesca tarea que, quizás otra vez en el epicentro centroeuropeo y particularmente alemán, le será exigida absolver. Esto es, se debe mirar la otra cara de la moneda, no más la contrasñada por el morro suino de Noske-Scheidemann, sino la que lleve la efigie heroicamente sublime de Liebknecht-Luxemburg, para comprender el otro aspecto de la tragedia de la primera postguerra proletaria en Alemania: el retraso horroroso en que, no el proletariado sino su guía política se encontró de frente al madurar de las condiciones materiales y objetivas de una poderosa convulsión revolucionaria de la que, los bolcheviques, en primer lugar, esperaban la salvación de las conquistas de Octubre, y que en cambio pasó entre los terribles lutos sin siquiera dejar el sólido hilo de una tradición a la

que pudieran reanudarse las generaciones sucesivas. Se debe en fin- y la tarea es infinitamente más penosa y difícil - registrar, no para archivarlo sino para hacer carne y sangre de la carne y de la sangre de las generaciones revolucionarias presentes y futuras, el balance de la inmadurez, de las indecisiones, de los extravíos de los que desgraciadamente ninguna de las fuerzas políticas confluídas en el Partido Comunista de Alemania (Liga de Espartaco) en los últimos días de diciembre de 1918 y en los primeros de 1919 estuvieron exentos, y que permitieron a la contrarrevolución, guiada por los socialdemócratas, desencadenarse con rabia salvaje antes aún de que una revolución, no digamos ya lejanamente, "hecha", sino "preparada" y "dirigida", con el preciso intento de prevenir-la mientras que se estaba aún a tiempo, de quebrar desde su nacimiento los esfuerzos generosos de una clase obrera dispuesta a batirse por las calles y en las plazas desde el primero hasta el último día no de uno sino de tres meses, y de darle nombre hasta a las "locuras" de los "jovenzuelos Carlos y Rosa" - como decía Kautsky meneando la profesoral cabeza de "sabio" - y de los millones de proletarios anónimos que instintivamente se identificaban con ellos.

No existió una "revolución alemana", como demasiadas veces se dice - y como repiten los históricos incapaces de ver más allá de la superficie: existió una sangrienta contrarrevolución preventiva, plenamente justificada a los ojos de la clase dominante por las erupciones volcánicas de obreros en ropa de trabajo ó en casaca militar y hecha urgente por la sensación, demasiado justa, aunque irracional y semiconsciente, de que a aquel ejército en armas le faltaba una guía política - o si existía, se ofrecía a los golpes del adversario desnuda e inerme. Ciertamente sería antimarxista pretender explicar con solo causas "subjetivas" una tragedia de este alcance; no sería además generoso ante la luz de un martirologio que por amplitud y gravedad, no tiene quizás igual en la historia del movimiento obrero. Mas no es una "explicación" lo que aquí se intenta: es más bien una constatación dolorosa - la primera puede interesarle a los históricos; la segunda debe servir-le a los militantes. También una dirección revolucionaria expléndidamente preparada puede fracasar en su tarea si no concurren circunstancias sobre las cuales ninguna fuerza social, de por sí,

tiene un poder de control: aquello que la historia no perdona a los partidos y a sus dirigentes no es el haber caído en una lucha desigual, sino el haberse batido en una trinchera equivocada, o al menos no completamente suya propia, y el no haber transmitido pues, al futuro, el punto de apoyo (no decimos el "semen", que sabe a evangelismo) de un vigoroso desquite. ¿Es que quizás el apasionado homenaje a los camaradas vencidos ha impedido a Marx extraer de sus errores reconocidos y denunciados una lección fecunda para los proletarios llamados a volver a coger la bandera y conducirla a la victoria en el futuro?

Y ya que, por otra parte, demasiados jóvenes en busca de un faro en la oscuridad de la contrarrevolución estalinista sondean en la "revolución que no llegó a ser" de 1919 - 20 en Berlín para sacar a la luz, precisamente, las enseñanzas negativas, llevadas al paroxismo por los Gorter y por los Pannekoek, por su KAPD y por sus Unionen, es parte inseparable de nuestra batalla para la reposición integral del marxismo revolucionario la crítica más despiadada, pero la más objetiva, de aquel espontaneísmo, de aquel obrerismo, de aquel empresarismo, de aquel "consejismo", que fueron, si no la causa primera, ciertamente la manifestación exterior, el "epifenómeno", y en estos límites también una de las concausas de la "tragedia proletaria alemana".

RETRASO DE LA VANGUARDIA POLITICA RESPECTO A LA DINAMICA DE LAS LUCHAS DE CLASE

Muchas veces se ha hecho resaltar el horroroso retardo con que, a pesar de la prueba de agosto de 1914 y la experiencia de los meses y años sucesivos, la maravillosa patrulla de militantes revolucionarios reunidos en torno a Luxemburg y Liebknecht se separó del pútrido cuerpo de la socialdemocracia, consiguiendo constituirse en partido cuando ya la batalla, al menos en el inmediato era perdida y perdida hasta tal punto que, solo veinte días después, los heróicos Carlos y Rosa dejaban la vida en el más horrendo crimen colectivo en que el "socialismo" degenerado, en su historia por desgracia excesivamente larga, se haya manchado las manos.

Polemizando en 1916 con "Junius" (pseudónimo de Luxemburg), Lenin había señalado precisamente en este recato de romper la tradición "unitaria" del partido, el punto más débil de la no obstante batalladora oposición al socialpatriotismo imperante, y reivindicación del internacionalismo proletario; y había deseado que el grupo "Die Internationale" se librara del peso de esta "inercia histórica", individuando al enemigo no solamente en los fautores abiertos de la "misión sacrée", sino (y sobre todo) en los falsos lacayos del oportunismo "centrista" (los Kautsky, los Hilferding). Si no obstante la rotura no vino entonces ni luego, debiendo esperar para realizarse -y con escasa convicción en sus mismos protagonistas- el final de 1918, ello no se debe a la casualidad, a un error de valoración o a un entrelazarse de circunstancias exteriores inexorables, sino más bien a la visión teórica que del proceso revolucionario tenían los Espartaquistas y en primer lugar R. Luxemburg.

Esta había estado en primera fila en la lucha contra el bernsteinismo, el millerandismo, el revisionismo, a caballo entre el viejo y el nuevo siglo; había sido la primera (como reconocerá Lenin) a intuir en Kautsky, durante las polémicas sucesivas al 1905, el germen (más tarde sólido tallo) de desviaciones oportunistas; en perfecta coherencia, fué la primera en Alemania en denunciar la traición de agosto de 1914, y a pagar en persona. Aquello que, en 1906, por reflejo del 1905 ruso, había sido una borrasca dentro del partido, en 1914 se había transformado en una catástrofe general de la clase; la vía, que entonces había parecido solo temporalmente extrañada, había sido literalmente abandonada en favor de la vía opuesta, aquella de la clase dominante. Mas, en la visión de R. Luxemburg, este début se inscribía junto a otros miles en las angustiosas páginas del secular libro de la emancipación proletaria, en su vía crucis; nada habría impedido nunca al camino del marxismo el ser encontrado de nuevo, mas este reencuentro habría venido al términe de un atormentado proceso en el curso del cual toda la clase obrera, luchando, se habría encontrado a sí misma, y encontrarse a sí misma habría significado llegar a la conciencia plena y total de los finés de su instintivo movimiento; a la toma de posesión global y definitiva de la doctrina socialista. De este "descubrimiento" no podían ser protagonistas ni militantes aislados, ni el partido; las masas mismas habrían llegado a aquella meta -sinónimo de socialismo-

no ciertamente por obra de iluminaci3n evang3lica o por gradual acumulaci3n de "conquist@s" parciales segun la aberrante concepci3n reformista, sino a trav3s de la lucha impulsada hasta su m3xima expresi3n, la huelga general, no por casualidad llamada en alem3n Massenstreik.

El gran ba1o purificador del partido, en 1905 y 1906, habia sido precisamente el encenderse o el volverse a encender de la lucha y hasta de la guerra de clase; habia sido la huelga general en Petersburgo y en Varscvia la que llev3 una r3faga de oxig3no a los organismos enquistados de los partidos occidentales; lo mismo pasaria ahora, debia pasar, incluso en las condiciones de la guerra y de sus leyes de emergencia. Apresado en el torbellino de la lucha de clase, el proletariado en su conjunto habria reconquistado su programa y con 3ste el partido, habria quemado sus escorias, habria eliminado sus ilusiones "dramatis personae", habria reconstruido en fin la unidad que los dirigentes corrompidos so1aban o de haber destrozado para siempre o de haber puesto para siempre al servicio del enemigo. No correspondia a individuos, a grupos o a vanguardias incluso conscientes, el llevar a cabo este cambio regenerador: como m3ximo 3stos pedian acelerarlo: Los hombres no hacen a capricho su historia, sin embargo la hacen ellos mismos. La actividad del proletariado depende del grado de madurez alcanzado por la evoluci3n social; mas la evoluci3n social no se impulsa nunca m3s adelante que el mismo proletariado, que es su motor y su causa cuanto su producto y su consecuencia. Su acci3n es, ella misma, un factor determinante de la historia. Y, si nosotros no podemos saltar por encima de la evoluci3n hist3rica, podemos ciertamente acelerarla, o decelerarla... La victoria socialista est3 ligada a las leyes de bronce de la historia, a las mil etapas de una evoluci3n anterior llena de tormentos y de excesivas lentitudes. Mas esta victoria no podr3 ser nunca conseguida si, de todo el conjunto de las condiciones materiales acumuladas por la historia, no se libera la chispa, la voluntad consciente de las grandes masas" (del op3sculo Die Krise der Sozialdemokratie). O bien: "La nueva Internacional que debe nacer despu3s del fracaso de la precedente no puede hacerlo m3s que a partir de la lucha de clase de las masas proletarias de los pa1ses m3s avanzados (...) Debe nacer desde abajo" (de las Spartakus-briefe).

Fiel a esta visi3n, R. Luxemburg, como todos los Espartaquistas no

no aceptò ser expulsada del Partido: fué la direcciòn del partido la que, traicionando en agosto y siguiendo pecando, se habia autoexpulsado, y la némesis històrica se encargaria de ratificar su condena irrevocable arrojàndola irrevocablemente en el basurero de la burguesia dominante y de sus saturnales bélicas: "La liquidaciòn del montòn de chatarra que se llama hoy socialdemocracia no es un negocio privado que dependa de la decisiòn personal de uno o màs grupos; esta se verificarà inevitablemente por efecto de la guerra mundial (...). Es solo una quimera irresponsable el querer liberar a toda la masa de los proletarios del juego màs pesado y màs peligroso de la burguesia con una simple "salida" (del viejo partido)". Y, cuando la socialdemocracia mayoritaria, después de haber tolerado largamente una "oposición" que le permitia ofrecer a la indignaciòn y al rencor de los militantes una válvula de escape sin perjuicio del "bièn supremo" de la unidad, decidiò expulsar al grupo Espartaquista junto al ala "rebelde" de los Independientes (oficialmente constituidos en partido en 1917) - con el fin deliberado de escoltar a los proletarios que, abandonados a sí mismos, corrián el riesgo de radicalizarse arrojándose en fin en los brazos de los odiados Espartaquistas -, estos últimos, que tambien habian denunciado y desenmascarado inmediatamente las innobles hipocresias y cínicas contorsiones de los "independientes", aceptaron sin embargo convivir con ellos en la hospitalidad jesuíticamente ofrecida dentro de sus filas contra la promesa de una "autonomia" de propaganda, no ciertamente porque les faltara el valor necesario suficiente para "dividirse" - de todo menos de falta de valor se podría acusar a los futuros mártires de enero de 1919 -, sino porque así lo exigia la lògica de su visiòn del proceso històrico de emancipaciòn de la clase, y en su àmbito, de redenciòn del partido. Solo así se explica el retardo, aparentemente aún màs inexplicable, de constituirse en partido después de tres meses de escandalosa corresponsabilidad de los independientes en el gobierno con los mayoritarios, en la obra con miras a garantizar el pasaje sin dolor de la Alemania burguesa, mas saturada de fermentos revolucionarios, desde el régimen Kaiserista al régimen republicano, y a absorber el gigantesco impulso de la cual los Consejos de obreros y de soldados habian sido y continuaban siendo la expresiòn tangible, estando sin embargo condenados a recaer bajo la influencia dominante de los "independientes" y de los mismos

mayoritarios, en la medida en que no existía un partido revolucionario con lineamientos y con un programa bien definidos que sirviera de catalizador al menos de la vanguardia obrera más combativa, y que se diferenciara inequívocamente de los demás no solo en las proclamaciones públicas, sino en la acción práctica. Se explica además que, al acto de escindirse de la USPD para constituirse en KPD (S), a pesar de la exclusión, por obra de los independientes, de Luxemburg y Liebknecht del congreso general de los Consejos a mitad de diciembre (huéspedes demasiado incómodos y peligrosos, evidentemente, en una asamblea que debía aprobar la completa subordinación de los Räte y de sus órganos dirigentes centrales al "Consejo de los Delegados del Pueblo" o, en términos menos pomposos, al consejo de los ministros de la recién nacida República Alemana, y el próximo bando de las elecciones a la Asamblea Constituyente), subsistieran tantas y tan profundas incertidumbres y dudas en el Spartakusbund y que, en los meses sucesivos, su nombre y sus hombres figuraran junto a los del USPD en comités de huelga y desde luego "revolucionarios", sufriendo así el nuevo partido el chantaje y cayendo en fin víctima de las sucias maniobras de sus "primos".

Bien entendido, el juicio crítico sobre el Espartaquismo debe ser dado en el espíritu en que Lenin, en octubre de 1916, comentó las tesis de Junius-Luxemburg contenidas en el opúsculo La crisis de la socialdemocracia: esto es, de revolucionarios a revolucionarios. En la fatal indecisión de romper con el centro, de reconocer la conexión entre "socialchovinismo" de los mayoritarios y "oportunismo" de los independientes, a dar "forma completa a las consignas revolucionarias y de educar sistemáticamente en este espíritu", es necesario saber ver no un hecho subjetivo e individual sino objetivo y general, de una izquierda "envuelta por todas partes en la innoble red de la hipocresía Kautskiana" y sometida a la presión y aunque solo sea a la fuerza de inercia de un ambiente hostil. Ninguno de los Espartaquistas supo reconocer a tiempo, como los bolcheviques, que la política del 4 de agosto no era solamente "el fruto de las ilusiones de los dirigentes, destinadas a desvanecerse bajo la presión agravada de los antagonismos de clase... Esta política - como escribía Radek en 1917- no era solamente la de los dirigentes; a sus espaldas estaba toda una categoría de trabajadores que no querían nada diverso de lo que querían los jefes, y sería una ilusión fatal pensar que hoy, detrás de aque-

llos jefes no están las masas o que, si están a sus espaldas, es solo porque no están bastante iluminadas. La escisión pasa a través de las mismas masas obreras". Y en la incapacidad de reconocer esta dura realidad está la causa del "retardo" de la vanguardia política comunista sobre el movimiento de reanudación esto es, de inicial inversión de los lazos de dependencia de las masas con respecto al oportunismo de movimientos de clase impulsados hasta el límite de la guerra civil entre la primavera de 1917 y el final de 1918.

II

EL NACIMIENTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ALEMANIA

Lenin podía preguntarse, en 1916, si el retardo de los Espartaquistas ante, la urgencia de los hechos reales era una "casualidad", y desear que así fuera: a distancia, y amargamente, debemos decir que no fué tal. En un escrito de extraordinaria lucidez, siempre durante la guerra, Lenin recordaba la memorable batalla de la que había sido protagonista R. Luxemburg en 1905-1906, y que había llegado al reconocimiento por parte de la socialdemocracia alemana de la huelga general como una de las armas fundamentales de la lucha de clase. Mas añadía inmediatamente que en tiempo de guerra (y tanto debía valer para él también en la ardiente post-guerra) la huelga general se convierte necesariamente en guerra civil, y la guerra civil exige necesariamente la huelga pero no puede detenerse en ella, debe desembocar en la insurrección armada.

Ahora, nada mejor que el discurso de R. Luxemburg en el congreso de fundación del KPD, el 1^o de enero de 1919, que es también una vigorosa llamada a la esencia revolucionaria del marxismo, un solo grito de "retorno al Manifiesto de los Comunistas!" contra la gangrenada praxis parlamentaria y gradualista de la II Internacional; nada mejor que este discurso muestra como, en la perspectiva espartaquista, la huelga general no sea una de las manifestaciones y uno de los medios de la revolución proletaria; es su única manifestación y su único medio, único hasta el punto de esconder a la vista de los proletarios (y ello, en el programa de un partido comunista, significa excluir) la insurrección armada y la función central y centralizadora, en ella, del partido: el único partido revolucionario marxista.

El punto es de importancia vital. De hecho, para R. Luxemburg, el pasaje del gobierno del équipe guillermino a Ebert-Scheidemann-Haase, y la proclamación de la república, han sido ya una revolución, no un cambio de guardia contra la revolución tumultuante en las vísceras de Alemania; una revolución con toda "la embrionalidad, la insuficiencia, la incompleteza, la falta de conciencia" de toda revolución puramente política. La "lucha por el socialismo" comienza solo ahora, esto es

cuando "se transforma en revolución económica" dirigida a la subversión de las relaciones económicas, y por ello mismo, sola-mente entonces, revolución socialista". El socialismo no se ins- taura por decreto, aunque fueran los decretos "del más hermoso gobierno socialista" (el gobierno Ebert, pues, y a pesar de todo, es un gobierno socialista, y "socialistas sus medidas"): "el so- cialismo debe ser hecho por las masas, por cada proletario; allí donde las cadenas del capital son forjadas, allí deben ser rotas; solo esto es socialismo, solo así se puede hacer socialismo. ¿Y cual es la forma exterior de la lucha por el socialismo? La huel- ga; por ello hemos visto que la fase económica del desarrollo, ahora, en el segundo periodo de la revolución, ha pasado al pri- mer plano".

El proceso revolucionario se configura por ello en estos térmi- nos: retorno a los métodos de la lucha de clase abierta e intrans-igente; extensión de las huelgas a escala cada vez más amplia, de las ciudades a los campos; bajo su empuje, adquisición por par- te de los Consejos de los obreros y de los soldados "de tal poder que, cuando el gobierno Ebert-Scheidemann u otro semejante caiga, sea esto de verdad el último acto". Deducción lógica: "La conquis- ta del poder no debe acontecer de un golpe, sino progresivamente, abriéndose una brecha en el Estado burgués hasta poseer y defender con las uñas y con los dientes todas las posiciones... Se trata de luchar paso a paso, cuerpo a cuerpo, en cada región, en cada ciudad, en cada distrito, para arrancar a la burguesía pedazo a pedazo to- dos los medios de poder del Estado y transmitirlo a los Consejos de los obreros y de los soldados". Ciertamente, la lucha debe ser lle- vada a cabo con intransigente e implacable dureza; mas su objetivo -y su camino- no es la destrucción del poder estatal burgués, sino su desautorización, efectuada minando el terreno en forma de ren- dirlo maduro para el revolviendo que entonces completará nuestra obra"; "abajo pues, "abajo" donde cada patrón se alza frente a sus esclavos asalariados; allí abajo, donde todo el complejo de los ór- ganos ejecutivos del dominio político de clase se alza frente a los objetos de este dominio, a las masas, allí debemos arrancar grado a grado a los dominantes sus medios de poder y tomarlos en nues- tras manos"; y esta es una tarea bastante más difícil que aquella de la revolución burguesa, "En las que bastaba abatir el poder

oficial al centro!".

Es, en substancia, una representaciòn invertida del proceso revolucionario: no ya toma del poder político central (que es junto e inseparablemente destrucción del aparato estatal de la burguesía) como primer acto de la transformaciòn económica; sino conquista del poder político local, con los medios de la lucha de clase impulsada hasta su màxima expresiòn - la huelga general - como acto que hace todo uno con el "revolvimiento de las relaciones económicas": la catástrofe del régimen burgués al término de este proceso, es como el hundimiento estruendoso de un árbol bajo el cual "se ha minado el terreno", o como dice el "programa" votado en el Congreso, "asunciòn por parte de los obreros del control de la producciòn y al final de su efectiva direcciòn". Y el leit-motiv casi obsesivo es la visiòn de las "masas proletarias" que aprenden a transformarse, de màquinas muertas aplicadas por el capitalista al proceso de producciòn, los gestores (Lenker) pensantes, libres autònomos, de este proceso", que adquieren "el sentido de responsabilidad propio de los miembros agentes de la colectividad en la cual sòlamente reside la posesiòn de toda la riqueza social"; y, luchando, se aducan en las "virtudes socialistas" "de la asiduidad sin el látigo del patròn del màximo rendimiento sin los esbirros del capitalista, de la disciplina sin yugo, del òrden sin sumisiòn" (asimilando ademàs los "conocimientos" y capacidades indispensables para dirigir las empresas socialistas) "sin las cuales la emancipaciòn de la clase obrera no sería obra de la misma clase obrera".

Se comprende pues por qué el "programa" de la Liga de Espartaco" transformada en Partido Comunista de Alemania calle completamente lo de la guerra civil (antes y después de la revolucion) y lo de la insurrecciòn armada; por qué dedique uno de sus tres capítulos a la demostraciòn de que "la revolucion proletaria no tiene necesidad para sus fines de ningùn terror... en cuanto no combate a individuos sino a instituciones, no baja a la arena con ingénuas ilusiones cuyo mentis deba vengar con la sangre", no siendo "el desesperado tentativo de una minoría de plasmar el mundo con la violencia segùn su ideal, sino la acciòn de las gigantescas masas del pueblo llamadas a cumplir su misiòn històrica y a transformar en realidad la necesidad històrica"; se comprende por qué la "dictadura del proletariado" aparezca ùnicamente como medio para "destrozar con puño de hierro y despiadada

energía" la obstinada y feróz resistencia de la burguesía protegiéndose en sus innumerables Vandeas y ayudada por sus hermanas extranjeras, por tanto en función puramente defensiva, y se reduzca, en la forma más genérica, al "armamento del proletariado" y al "desarme de la burguesía" como dos aspectos de la clara visión de los fines, de la vigilancia y de la actividad siempre pronta de las masas proletarias; se comprende por qué en todo este paisaje falte el partido como fuerza no solo agente ni, mucho menos, solo iluminado, sino dirigente, o la dictadura del proletariado se identifique con la "verdadera democracia"; y por qué en fin en la demasiado célebre crítica de R. Luxemburg a la revolución bolchevique se reivindique un poder compartido por todos los partidos "obreros" y al menos, para éstos, la libertad de vivir y hacer agitación. Se comprende por qué el programa se concluya con las célebres palabras:

"La Liga de Espartaco no es un partido que quiera llegar al poder por encima o mediante las masas de los trabajadores. Ella no es más que la parte del proletariado más consciente del fin que señala a las grandes masas obreras, a cada paso, sus deberes históricos, que en cada uno de los estadios de la revolución representa el fin último socialista y en todas las cuestiones nacionales los intereses de la revolución mundial... La Liga de Espartaco se niega también de llegar al poder solo porque los Scheidemann-Ebert han hecho bancarrota y los independientes han caído en un callejón sin salida a causa de la colaboración con ellos. Ella no tomará nunca el poder en otro modo, que a través de la clara e indudable voluntad de la gran mayoría de la masa proletaria en Alemania, nunca en otro modo que en fuerza de su consciente adhesión a las ideas, a los fines y a los métodos de lucha de la Liga de Espartaco. La victoria de la Liga de Espartaco no está al inicio sino al final de la revolución, esta se identifica con la victoria de las gigantescas masas del proletariado socialista".

Demos vuelto así al punto de partida: la conquista del poder político central no es aquí el acto de empezar necesario o indispensable de la transformación económica (que es a la vez "transformación de los hombres", revolucionamiento de las "conciencias"), sino el punto de llegada de un proceso de conquista de las palancas de mando políticas mas sobre todo económicas, "de abajo arriba",

con la fuerza y el peso bruto de la acción reivindicativa impulsada al límite extremo de la huelga general; dicha conquista coincide con la realización del socialismo, no la precede en un ciclo necesariamente largo y complejo; expresa la completa adherencia de la clase obrera en su conjunto a las finalidades del socialismo; y el partido es el reflejo de esta "toma de conciencia" global, no el órgano de la preventiva conquista revolucionaria del poder político y de su dictatorial ejercicio en el encuentro con el impulso instintivo (mas permeado de su obra de propaganda, de agitación, de encuadramiento) de las masas trabajadoras; si así fuera, la revolución no sería socialista, porque no sería obra de los mismos proletarios!

La conclusión que de esto podemos extraer es ante todo que esta concepción se aleja substancialmente del marxismo restablecido sobre sus bases por la revolución bolchevique y, antes aún, por la batalla teórica del partido de Lenin, mientras que confluyen, hasta casi confundirse en un único magma, corrientes extrañas, desde el espontaneismo hasta el empresarismo, desde el consejismo hasta el sindicalismo revolucionario, desde el obrerismo hasta el educacionismo idealista y humanista, tanto que, en origen, las líneas de demarcación entre el KPD y el que luego será el KAPD por un lado, y las variantes múltiples del sindicalismo o mejor dicho del "unionismo" a la De Leon (hasta en la versión apartidista o de los IWW "shop stewards") por otra parte somos casi inexistentes; en segundo lugar, que la parábola sucesiva del movimiento comunista en Alemania es incomprensible, para quien no quiera detenerse en la superficie, en el juicio de las personas, en el chisme de las... "luchas de poder", si no se remonta a sus raíces teóricas y políticas.

Hemos dicho "líneas de demarcación casi inexistentes", porque el congreso de fundación reveló que, si el espartaquismo era vulnerable a influencias para indicar las cuales el término inmediatismo es más ajustado que el entonces usado (incluso por nuestra fracción) de "sindicalismo", otras corrientes confluídas en el KPD se hacían sus depositarias y sus portadoras sin encontrar siquiera la resistencia de "anticuerpos" teóricos que retenían a R. Luxemburg Jogisches y otros del dejarse arrollar: y eran sobre todo los "comunistas internacionales" (IKD) de Hamburgo y de Bremen.

Estos grupos, pero sobre todo el segundo, tenían una larga tradición de crítica radical no solo del socialchovinismo mayoritario, sino del

oportunismo kautskiano, ya desde 1916 pero especialmente desde 1917 habían opuesto a la fórmula espartaquista de "no escisión o unidad, sino reconquista del partido desde abajo", la consigna de la escisión abierta e inmediata, deplorando vivamente la adhesión aunque fuera condicional del grupo Internacional (como se llamaban entonces los espartaquistas) al USPD. Su desconfianza hacia los espartaquistas por este recato ante la escisión, incluso reconociendo que ellos eran la única fuerza revolucionaria sobrevivida al naufragio de agosto de 1914, y la única que pudiese disponer de una red al menos embrionalmente nacional era tal y talmente radicada, que solo en una conferencia habida en Berlín del 15 al 17 de diciembre los IAE habían decidido fundirse con el Spartakusbund siempre y cuando cayera el obstáculo fundamental de su permanencia en el Partido Socialdemocrático independiente, de suerte que 29 de sus delegados habían convenido en el congreso de fundación del KPD junto a los 83 espartaquistas. Ahora éstos aportaban al nuevo partido el prestigio de una posición intransigente en comparación con sus alas hermanas de la socialdemocracia de más larga fecha, mas también el peso de una formación ideológica bastante más cercana al delacionismo americano y al sindicalismo revolucionario latino que al marxismo: culto de la "expontaneidad privada de centralización y por lo tanto de eficacia" (como habría dicho, Engels), contraposición de las masas a los jefes, federalismo organizativo (1), exaltación de la "democracia obrera" encarnada en los Consejos, acentuación de la lucha económica en perjuicio de la lucha política, reducción del partido a un papel de "iluminación" de las conciencias (y en algunos grupos, su negación) etc. Sin embargo hasta qué punto - a pesar de las resistencias en particular de R. Luxemburg a formulaciones tan evidentemente extrañas al marxismo - el terreno espartaquista fuera maduro para acoger y cultivar el germen en el clima candente de finales de 1918, lo demuestra el éxito de las discusiones sobre los tres puntos de la actitud a adoptar frente a las organizaciones económicas tradicionales (los sindicatos de oficio), del parlamentarismo revolucionario y de la organización del nuevo partido. En el primer caso, la cuestión fué deferida a una comisión especial después que Fröhlich había sostenido la tesis del abandono inmediato de los sindicatos en favor de organizaciones unitarias económico-políticas "cuya base

està constituïda por grupos de nuestros compañeros en las fàbricas" y R. Luxemburg les habia opuesto la tésis, en otros modos anàloga, de que "las funciones de los sindicatos han sido ya asumidas por los Consejos de los obreros y de los soldados y por los Consejos de empresa", y habiéndose considerado oportuno un exàmen mäs profundo de la cuestiòn (el humor del congreso era, pues, accesible a la fàcil demagogia del "fuera de los sindicatos"). En el segundo, dejando aparte la comùn aversiòn al parlamentarismo y la concorde voluntad de obrar para destruirlo, prevaleciò netamente la tésis de un abstencionismo que se apoyaba no ya en los argumentos marxistas desarrollados contemporàneamente por nuestra Fracciòn, sino en el eterno horror de los jefes y de conculcaciòn de la "autodeterminaciòn de las masas" a su obra. En el tercero, fué adoptada por unanimidad la mociòn Eberlin que apoyaba la nueva estructura organizativa del Partido

- 1) en el modelo de los consejos de fàbrica, a partir de los grupos comunistas constituïdos en su seno,
- 2) en la "autonomìa completa de cada una de las organizaciones (locales)" que "no deben esperar la consigna de arriba, sino trabajar por propia iniciativa", restando a la Central una simple tarea de enlazamiento de aquello que sucede por fuera, y de direcciòn polìtica y espiritual".

(1)

Radek recuerda que Knieff le habia expresado sus dudas sobre la posibilidad de fundirse con los espartaquistas: "No son leninistas; estàn (figurarse!) por la centralizaciòn" - lo que es mucho mäs sorprendente si se piensa que el Spartakusbund tenia y reivindicaba una estructura organizativa constitucionalmente elàstica y, en comparaciòn con el centralismo bolchevique, semifederalista. El asombro de Radek habia sido igual que el suscitado en él por el rechazo por principio del terror en R. Luxemburg, indignadísima de que un antiguo compañero de lucha como Dzerzinskij pudiera aceptar de dirigir... la Cheka!

Cuàn pesada herencia de incertidumbres e incluso de confusiones debiera arrastrar un partido constituido tardiamente sobre bases tan inestables, con una base combativa de vetas barricaderas y un vértice aún sujeto a la seducción de la "unidad obrera", contra el que se desencadenaban con furia salvaje todas las fuerzas de la contrarrevolución encabezada por los socialistas mayoritarios dentro del gobierno y por aquellos escondidos tras el biombo de los USPD fuera de él, está demasiado claro. Durante largos meses, desde finales de 1918 hasta la primavera avanzada de 1919, el joven partido y las masas proletarias confusas, mas indòmitamente en lucha, pagaron un tributo de sangre que no lo cobró ni siquiera, a pesar de su cruel cinismo, la reacción blanca triunfante después de los tentativos revolucionarios frustrados en Finlandia y Hungría; y lo pagaron no por una revolución efectuada sino por una revolución que la clase dominante y sus horribles sicarios estaban decididos a impedir que se efectuara. Y en todos estos meses de alboroto se repitió el mismo juego macabro, aquel que desgraciadamente se reproducirá en Budapest y que recordamos a los jóvenes militantes como advertencia de la historia:

Enero, Berlín: las sublevaciones estallan bajo el emblema de los "independientes"; el KPD no solo acepta suscribir proclamas comunes con USPD y Revolutionäre Obleute, sino que entra a formar parte de un complicado "Comité revolucionario" oscilante entre el arrojado putskismo de las directivas de acción y una turbia praxis de tratativas con el gobierno (Liebknecht, por propia iniciativa - y el paso será ásperamente deplorado por R. Luxemburg, mas solo porque la situación no está madura, no por razones de principio - acepta incluso de entrar en el triunvirato directivo con un independiente, Ledebour, y un "fiduciario revolucionario" Scholze, en la inconsistente perspectiva de derrocar al gobierno y tomar el poder; el 10 de enero, cuando ya, aprovechándose de la defeción "independiente" y del cansancio de los obreros desorientados por la contradictoriedad de las

directivas, el ataque en fuerza de la cuadrilla de esbirros reclutada por Noske entre los peores despojos del ejército prusiano ha conseguido ya desalojar a los demostrantes de las sedes de los periódicos (¡solo los periódicos!) ocupadas, los representantes espartaquistas se salen del pomposo e impotente Comité denunciando su complicidad con el enemigo; mas es solamente "contra los bandidos armados", y "los locos y criminales de la Liga de Espartaco" que se desencadena sin frenos ni escrúpulos la ferocidad de los sicarios gubernativos: Liebknecht y Luxemburg, fieles hasta el último momento a la "espontaneidad" heroica mas "privada de contralización", porque estaba privada de dirección de las masas, caen en el más horrendo crimen consumado en aquellos años de ferocidad.

Febrero, Ruhr: Después que tentativos revolucionarios se encienden y mueren bajo el plomo socialdemocrático en Hamburgo, Bremen, Hallen, Düsseldorf etc, se abre en la cuenca del Ruhr la campaña para la "socialización" de las minas; la "dirigen" comunistas independientes junto a representantes de la base mayoritaria; esta última dimitte justamente a tiempo de dejar campo libre a la represión - una de las más feroces en aquellos meses - a cargo de la Reichswehr, reconstituída con funciones de policía de emergencia, bajo la guía de Noske. Poco después en la zona de Hallen, de nuevo espartaquistas, independientes y mayoritarios proclaman la huelga general para la "socialización desde abajo" y la "democratización de las empresas" (!!!): nueva deserción socialdemocrática, nuevos titubeos independientes, final matanza de espartaquistas.

Marzo, Berlín: Desde la Alemania Central la onda inmensa vuelve a afluir a Berlín, nace un enésimo comité de huelga en tres, del cual los mayoritarios pronto se separan; la agitación, poderosa mas confusa, es dirigida, con titánicos esfuerzos por contenerla dentro de un ámbito no arrojadamente insurreccional (mas a los huelguistas se les mezcla toda suerte de despojos, entre licenciados y déracines de la misma burguesía grande y pequeña), por los espartaquistas y por los "fiduciarios revolucionarios" (que al final abandonan a aquéllos). Al grito de "la brutalidad y la bestialidad de los espartaquistas que luchan contra nosotros me obligan a dar la siguiente orden: aquel que sea encontrado con las armas en la mano en la lucha contra el gobierno, será fusilado en el acto", Noske desencadena a sus esbirros sobre la capital - entre los 1500-3000 asesinados

figura Leo Jogisches.

Abril, Munich: Mientras que una "represión simple y sangrienta" se desencadena en la cuenca del Ruhr y luego en la Sajonia (con consecuencias que se prolongan hasta mitad de mayo), en Baviera un grupo de independientes y de mayoritarios - rebeldes representan la atroz farsa de la proclamación de una República de los Consejos; los comunistas denuncian la infame y demagógica maniobra, luego ceden a las invitaciones de los Independientes mezclados con anárquicos y bohémios de vario estilo, y asumen defender el "poder de los consejos" que, tras los bastidores, sus aliados se preparan a consignar en manos del ministro y ahora general en jefe de las fuerzas de represión, el mayoritario Hoffmann. El 1 de mayo, habiéndose quedado solos al frente de una República de los Consejos improvisada por otros, son ferozmente quitados de enmedio - con espléndido desprecio de la muerte, Eugen Leviné afronta el pelotón de ejecución entre los gritos de venganza de una pequeña burguesía encanallada; los pocos rehenes fusilados (los turbios exponentes de la hez racista sobre la que prospera el nazismo; los sin médula de la "Sociedad de Thule") ofrecen el pretexto para el enésimo baño de sangre proletaria. Tres meses después, bajo el peso de una "unidad" usada como cobertura de la constitucional traición socialdemocrática de izquierda, caerá la república de Bela Kun.

La quimera de la "unidad proletaria" a toda costa se paga cara - había escrito nuestro semanario "El soviét" a propósito de Munich y Budapest: el joven partido alemán la pagó con el holocausto de sus mejores militantes, con la desorganización de los supervivientes y con el aislamiento de masas siempre en pie de guerra, mas cruelmente diezmadas y descarriadas; la pagó además con el reforzarse en su vértice de un horror al "putskismo" que, justo en cuanto horror de la ruinosa tendencia a "jugar con la insurrección", acabará por convertirse en un aval de la renuncia a la misma perspectiva de la insurrección y de la carrera hacia un trepidante y envilecedor legalitarismo durante 1920 y, por trágica ironía, en la revigorización de las nostalgias unitarias en hombres de derecha con Levi y Zetkin, expulsado el primero en 1921 por haber condenado públicamente como "demasiado a izquierda" la escisión de Livorno y como loco putskismo la acción de marzo de 1921, y permaneciendo la segunda para ofrecer su "cabeza cara" a la demostración de la posibilidad del "socialismo en un solo

pais" según los dictámenes del padre de los pueblos José Stalin.

Las tradiciones, ambas radicadas en la historia de la III Internacional conspiraban en la modulación de esta típica actitud del partido: por un lado el espontaneísmo que se resolvía en la espera de hacerse dictar por las masas el momento de la acción, nunca preparándose para éste y, sonada la hora, no solo encontrándose inerme y desalentado para afrontarlo, sino arrojándose de cabeza en el lanzamiento de consignas finales en presencia del primer y vigoroso movimiento de plaza, salvo a encerrarse en el cascarón parlamentario y minimalista una vez sucedido el reflujo; por otro el que Trotsky llama el "fatalismo revolucionario" del partido alemán por el cual "la revolución se acerca - se decía-; ella traerá consigo la insurrección y nos dará el poder; en cuanto al partido, su papel consiste en este momento en hacer la agitación revolucionaria y en esperar los efectos". Los dos factores se unían luego en generar la tendencia al legalitarismo que el mismo Trotsky, refiriéndose a una trágica experiencia sucesiva en Alemania, en 1923, denunciaba en las Lecciones de Octubre de como la tendencia "a ver sobre el camino de la revolución, antes que nada, dificultades y obstáculos y a considerar cada situación con el propósito preconcebido, aunque si no siempre consciente, de evitar la acción" sirviéndose del marxismo con el único fin de "motivar la imposibilidad de la acción revolucionaria" y dedicar los cuatro quintos de la actividad de partido a la exorcización del "peligro putskista elevado a obsesión por un lado y a biombo del nulismo por otro". Decir esto no significa de ningún modo negar la heroica firmeza de militantes que supieron caer en su barricada, sino reconocer solamente que ésta era una barricada elegida por los vértices dirigentes a la luz de una visión substancialmente no revolucionaria.

El "putskismo" fué oficialmente liquidado en la Conferencia nacional del 14-15 de junio en Berlín, cuando también fué establecida, en polémica con los sindicalistas en las mismas filas del KPD, la necesidad, "por las exigencias de la lucha política en este momento (¿sólo en este momento?) 1º de que el proletariado se organice en partido político; 2º de que la organización de este partido, en este estadio (desde el principio) de la lucha revolucionaria sea rigurosamente centralista". El KPD estaba evidentemente volviéndose a levantar bajo la lúcida guía bolchevique, ya

que el reconocimiento de que "el estado actual de ausencia de guía y de un centro de organización del proletariado berlinés se ha hecho intolerable; esto, no puede durar más" estaba escrito en claras notas en uno de los últimos espléndidos artículos de R. Luxemburg, pero no había ido nunca más allá de la deducción de que "si la victoria del proletariado, si el socialismo no debe de seguir siendo más un sueño, los obreros revolucionarios deben crearse órganos dirigentes a la altura de guiar y utilizar la energía combativa de las masas"; no se había lanzado nunca hasta el reconocimiento, pues, del papel central del Partido y menos que nunca de un partido centralizado.

En cuanto al peligro del putschismo, es indudable que R. Luxemburg había tenido conciencia de él, mas solo un Radek, no en cuanto individuo sino en cuanto portavoz del partido bolchevique y de la Internacional, habría podido advertir desde el 9 de enero a la dirección del Partido sobre la necesidad de no prestarse al juego de las fuerzas convergentes de la contrarrevolución dejándose implicar en la responsabilidad directiva de las sublevaciones prematuras en una situación en que "no son los comunistas sino los socialpatriotas o los independientes los que dominan los Consejos de los obreros y de los soldados", y de cualquier modo batirse para mantener la acción ya decidida "el carácter de una acción de protesta" - ningún otro habría podido recordar, en palabras que habrían podido ser nuestras y que demasiado pronto olvidarían los bolcheviques, cómo es que en fase prerrevolucionaria, ellos se habían visto obligados en Rusia a tener que "sostener combates como los de enero... en que se sacrifica de modo absurdo tanta sangre", y todo porque poseían organizaciones de masa, no se encontraban en organismos obreros transformados en "la base de la contrarrevolución" y no tenían enfrente a una burguesía aún terriblemente fuerte; ninguno habría podido prever tan claramente que "la guerra civil en Alemania (nostros habríamos dicho con Lenin: en todo Occidente) será mucho más feroz y destructiva que la nuestra en Rusia".

Esta conciencia de los hechos, además de una superior visión teórica, dictó las tesis del Congreso de Heidelberg de octubre de 1919 de las que "El Soviet" puso en relieve, apenas tuvo conocimiento de ellas, la perfecta ortodoxia marxista; mas que son las más lejanas del tronco rigurosamente luxemburguiano.

Las tesis sobre los principios y la tática comunista ponen súbito en primer plano la toma del poder y la dictadura proletaria como premisa de la "substitución de las relaciones de explotación capitalista por medio del ordenamiento socialista de la producción"; afirman que en todos los estadios precedentes a la conquista revolucionaria del poder por parte del proletariado "la revolución es una lucha política de las masas proletarias por el poder político"; asignan al partido político la "dirección de la lucha revolucionaria de masa"; definen como "contrarrevolucionaria la renuncia a la organización en partido o la limitación de éste a simples tareas de propaganda" y exigen como condición del absolvimiento de las tareas históricas del partido, en periodo revolucionario (¿existe quizás en este inciso un eco de nostalgias federalistas?) "la más rígida centralización", reivindicándola también para las organizaciones económicas.

Mientras reconocen la importancia capital de los Consejos en el proceso revolucionario, las Tesis afirman que no son los estatutos, los reglamentos electorales etc, los que les den vida a éstos, sino el impulso de los proletarios en la lucha por el poder; señalan a los comunistas el deber de trabajar en las organizaciones económicas para elevarlas a instrumentos de la lucha política, y rechazan como utopía pequeño-burguesa "la idea de que ellos se puedan producir mediante una especial fórmula de organización de los movimientos de masas, de que por consiguiente la revolución sea una cuestión de formas de organización".

Las tesis sobre el parlamentarismo no dejan dudas sobre la necesidad de abatir el parlamento en cuanto órgano de dominio de la burguesía, niegan que el parlamentarismo sea un medio para la conquista y el ejercicio del poder de clase del proletariado, lo sugieren como simple medio táctico para ampliar a través de las elecciones y la tribuna parlamentaria la influencia del partido sobre las masas.

Correcto es también el planteamiento de las tesis sobre la cuestión sindical, que rechazan la teoría sindicalista de organizaciones unitarias políticas y económicas, negadoras pues de la función del partido; remachan la necesidad de que la lucha económica sea elevada a lucha política por la conquista del poder y condenan en fin la deserción de los comunistas de los sindicatos

de la dirección oportunista, que significa abandono de las grandes masas al juego despiadado de las fuerzas contrarrevolucionarias, así como la pretensión de constituir organizaciones económicas restringidas sobre la base de la afiliación política o de las genéricas profesiones ideológicas de los inscritos.

Todas las tesis anticipan posiciones que el II Congreso mundial ratificará y que divergen substancialmente de la plataforma del congreso constitutivo de enero, pudiéndose solo lamentar la equivocada impresión de algunas fórmulas como aquella según la cual "la lucha de las masas proletarias por el poder se llevará a cabo con todos los medios políticos y económicos" (fórmula ya condenada por el "Soviet" hablando del programa de los Independientes) o la justificación del "parlamentarismo revolucionario" con la distinción entre medios de lucha "menores" (precisamente la lucha parlamentaria por la propaganda contra el parlamento) y "mayores", distinción que recuerda a la antigua y absurda dicotomía programa-maximo programa-minimo. Obviamente, para nosotros - y el artículo citado lo repite - la misma fórmula del parlamentarismo revolucionario era no solo insuficiente sino peligrosa, debiendo poner en claro a los ojos de los proletarios la antítesis absoluta entre la dictadura comunista y la Democracia, "máscara y trinchera al mismo tiempo de la dictadura del capital".

De todos modos no son suficientes las mejores tesis de programa para enderezar a un partido nacido heterogéneo y hostigado por contrastantes exigencias internas y aún más externas. La dura condena del "sindicalismo" en su versión más idealista había sido, en el congreso de Heidelberg, justa y enérgica, mas el aut aut en que hamburgueses y bremenses, grupos ciertamente confusos y desviantes mas aún no bien definidos y por otra parte cargados de un generoso instinto revolucionario de aceptar sin discusiones las tesis oficiales o irse (y esto en un partido necesitado aún de hacerse ideológicamente los huesos), dejaba paso a la sospecha de que quisiérase desembarazar de incómodos contradictores para dar libre juego a una praxis substancialmente legalitaria (sospecha que nuestra Fracción no dejó de adelantar) y era por tanto una señal de intolerancia... de caporales que los bolcheviques fueron los primeros en lamentar. Análogamente, la condena de la hipocresía "independiente" había sido

irrevocable, mas los meses sucesivos demostraràn que el grito final de R. Luxemburg: "El ajuste de cuentas con los scheidemannianos presupone la liquidaciòn del USPD, que hace de escudo protector de los Ebert-Scheidemann" (11 de enero), no habìa sido efectivamente asimilado, y el aislamiento a que una feroz persecuciòn exponìa dia por dia a los espartaquistas volvìa a encender el antiguo lamento de la rotura con el USPD. El centralismo es un fundamento de la dictadura comunista: mas, aceptado tras una larga tradiciòn semifederalista y sin una seria preparaciòn en las filas del partido, podìa hacer surgir la duda de que pudiera servir ùnicamente para dar campo libre a las maniobras de la central en direcciòn de los "primos" independientes. Era comprensible que, perseguido, diezmado, reducido a un mìnimo de contacto con las masas encuadradas en los dos partidos socialdemocràticos y en sus gigantescos sindicatos, el KPD se resintiera del encierro de su propio aislamiento, mas era monstruoso extraer de ello las conclusiones que encontraràn poco espacio en la relaciòn de Levi en Moscù: "De todo ello se deduce la lecciòn que el actual segundo Congreso de la Internacional Comunista ha extraido para los proletarios de todos los paises (!!): en periodos revolucionarios en los que las masas se radicalizan, a diferencia de los periodos en que el proceso de transformaciòn en sentido revolucionario es mäs lento y fatigoso, la preeminencia de los grupos de oposiciòn radicales y comunistas en los grandes partidos es ventajosa (!!) con tal de que tengan la posibilidad de mostrar abiertamente su propia cara y conducir sin obstàculos su agitaciòn y propaganda; el problema hoy mäs importante para el desarrollo en sentido revolucionario del proletariado en Alemania, esto es el de como arrancarle a la direcciòn del USPD las masas revolucionarias en las filas de los independientes que son con toda el alma comunistas y han sostenido ya centenares de batallas, no se plantearia si el Spartakusbund (como Levi se lamenta que no se haya hecho) hubiera aprovechado la posibilidad de continuar desenvolviendo su actividad de crítica y de agitaciòn en el seno del USPD". Optima cosa era la condena del abandono de los sindicatos tradicionales, esto es de las grandes masas organizadas, para sustituirlas por "uniones" sobre la estrecha base de la afiliaciòn, aunque genérica, a las ideas del comunismo, mas era una grave y sospechosa laguna en las Tesis

de Heidelberg el hecho de que, como en cambio se hizo en las Tesis del II Congreso de Moscú, no se señalara siquiera, empleando nuevas palabras de entonces, que "en algunos casos el proceso de corrupción por parte de los dirigentes reformistas puede asumir tales grados y formas que hagan necesario abandonar a sí mismo a un órgano podrido" como la mastodóntica confederación sindical alemana.

La prueba del fuego de la escasa consistencia de la "bolchevización" del Espartaquismo se tuvo durante el famoso putsch de Kapp, en marzo de 1920.

(continuarà)

PRENSA INTERNACIONAL

EN LENGUA ITALIANA:	Il Programma Comunista	(quincenal)
	Il Sindacato Rosso	(mensual)
" " FRANCESA	Le Proletaire	(quincenal)
	Programme Communiste	(trimestral)
" " ESPAÑOLA	El Programa Comunista	(bimensual)
" " ALEMANA	Internationale Revolution	(cuatrimestral)

NUESTRAS PUBLICACIONES DISPONIBLES

EN LENGUA ITALIANA:

La sinistra comunista italiana - Sulla linea marxista di Lenin -
Lenin sul cammino della rivoluzione - Lo "Extremismo" condanna
dei futuri rinnegati

"Opereparazione rivoluzionaria o preparazione elettorale" (bilancio
del parlamentarismo rivoluzionario dei dibattiti nell'internazionale
comunista ad oggi)

Storia della Sinistra Comunista I^o vol.
" " " " I^o bis

Chi Siamo e cosa vogliamo / "Tracciato d'impostazione - I fonda-
menti del comunismo rivoluzionario"

In difesa della continuità del programma comunista

"Elementi dell'economia marxista - Sul metodo dialettico - marxismo
e conoscenza umana" / Partito e Classe

Forza violenza, dittatura nella lotta di classe

Dialogato coi Morti (Il XX Congresso del P.C. Russo)

EN LENGUA FRANCESA:

Bilan d'une Revolution / Dialogue avec les Morts / Parti et Classe
La cuestion parlamentaire dans l'Internationale Communiste / Com-
munisme et Fascisme / Les fondements du communisme revolutionnaire

EN LENGUA ALEMANA: Die Frage der revolutionäre partei

EN LENGUA INGLESA:

Appeal for the international reorganisation of the revolutionary
Marxist movement / Fundamental points for joining the International
Communist Party

EN LENGUA ESPAÑOLA:

Los fundamentos del comunismo revolucionario / Que es el partido
comunista internacional / Que fué el Frente popular / España 1936

EN LENGUA PORTUGUESA: Teses características do Partido

Para pedidos y cartas dirigirse a:

Il Programma Comunista - Cas. Post. 962 M I L A N O
LE PROLETAIRE
20, Rue Jean Bouton
PARIS 12°